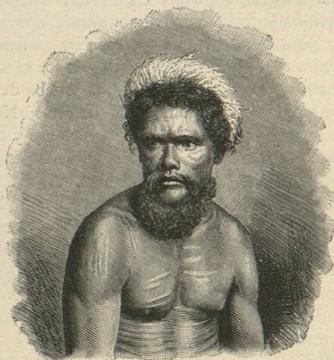


kangurus debieron llevarse consigo tres ó cuatro mujeres y á sus hijos.

Raras veces podrá considerarse como causa de emigraciones el exceso de población, por lo menos si se juzga por el número de hijos que hoy tienen las familias. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que si antes del contacto con los europeos las cosas pasaban en este concepto de muy distinta manera, esto, dadas la limitación é inseguridad de los medios de subsistencia en las más de las partes del país, hubo de producir una dilatación rápida en las posibilidades de la alimentación.

El número de australianos ha sido siempre reducido, presentándose mayor, según todas las apariencias y probabilidades, en el Norte y en el Normordeste que en el Sud y en el Oeste. La población ha ido disminuyendo de año en año desde que se establecieron allí los europeos. Este es uno



Hombre de Nueva Gales del Sud con cicatrices en el pecho (de una fotografía)

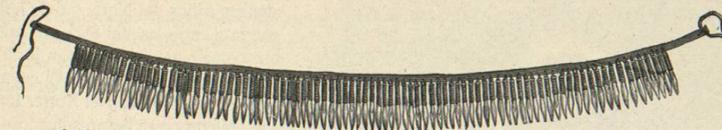
de los puntos más oscuros de la historia moderna, y no sólo de la de Australia sino también de otros países. La inmigración de los europeos antes perjudicó que favoreció á los indígenas, pues aquéllos se apropiaron del país y la caza quedó completamente exterminada. Los extranjeros causaron grandes destrozos en las cañas con que los australianos solían construir sus chozas y en las hierbas sobre las cuales dormían. Desde entonces apenas pudieron encontrar los indígenas las pieles que les servían para vestirse y las cortezas con que fabricaban sus canoas. Por esto no hay que deducir del estado en que actualmente se encuentran el en que se encontraban en los tiempos primitivos, ni hay que esperar ver en las actuales tribus enervadas y dispersas las buenas cualidades que poseían cuando eran salvajes vírgenes. El desprecio con que los blancos consideran á los australianos sólo puede compararse quizás con el que les inspiran los bosquimanos de Africa. El mismo Meinicke considera á los australianos como una tribu de hombres completamente inaccesibles á la civilización. Y por la sencilla razón de que se atrevieron á castigar con mano armada las violaciones que se cometían contra su derecho de propiedad, que tanto respetan, se les calificó con grandes aspavientos de belicosas é intolerables. Hasta qué punto fueron imprudentes é inconsiderados los dominadores blancos nos lo demuestra el hecho de que Inglaterra hizo de Australia una colonia penitenciaria y no reconoció el derecho de los indígenas sobre su país, sistema cuyos efectos se dejaron sentir de un modo tan evidente que nunca tan pronto y tan decisivamente como en este caso fué condenada la política colonial del *laissez faire*. Mas todo en

vano: los excesos con sus consecuencias destructoras para el cuerpo y para el alma se asociaron al exterminio consciente é inconsiderado que no atendía más que á su propósito. La historia de las colonias australianas nos habla de arbitrarias matanzas cometidas en las personas de los indefensos indígenas, de verdaderas cazas humanas, matanzas que se han reproducido, aun en estos últimos años, en Queenslandia. Resultado de todo esto ha sido un descenso constante en la población indígena. Respecto de toda la Australia no hay ningún cálculo del número de indígenas que merezca crédito: lo mismo se dice con razón que son 100,000 que 200,000 los indígenas que habitaban la Australia antes de la inmigración de los europeos; pero todo el mundo está conforme en rechazar como inexacta la cifra de más de 1.100,000 que da como buena Freycinet. En 1851 se hizo sobre mejores bases un censo que arrojó la cifra de 55,000 almas. Cierto que no en todas partes la población indígena ha disminuído como en Victoria (de 5,000 en 1836 á 770 en 1881), pero en todas partes la disminución ha tenido lugar. Como los primeros colonos se cuidaron aun menos que sus gobernantes de establecer cifras de población indígena, todo cálculo sobre las cifras antiguas y sobre el retroceso ha de basarse en datos inseguros. En el año 1842, Moorhouse, el *Chief Protector of the Aborigines* de Australia, calculó en 3,000 el número de indígenas que habitaban un territorio que se extendía á 160 millas inglesas al Norte y 200 al Este de Adelaida; pero Eyre, protector de Moorund, en Murray, cree que esta cifra debe doblarse. De todas maneras resulta que el número de los indígenas de este punto es insignificante. Ahora bien, si el censo de 1876 arroja para toda la provincia la cifra de 3,953, de los cuales 1,000 habitan en los puntos colonizados, y si se compara esta cifra con la de 12,000 á que se eleva el número total de los mismos en 1842, se verá que han venido á quedar reducidos á una tercera parte de lo que eran. En los distritos más pequeños y en donde la comprobación resulta más fácil, no faltan pruebas que acusen un retroceso análogo. Entre los 613 narrinyeris del Sud de Australia que se contaban en 1877, Taplin registró desde 1869 á 1877, 150 nacimientos y 162 defunciones, procurando atenuar la importancia de esta cifra con la observación de que allí iban las gentes á morir mientras que los nacimientos tenían lugar en las aldeas. Pero aun teniendo en cuenta esta circunstancia, la proporción no es favorable. Entre los indígenas que habitan más lejos de los europeos no hay que perder tampoco de vista los infanticidios que están muy extendidos. ¿Cómo, empero, se explica un número de nacimientos tan enorme como el que cita Kempe hablando de las tribus que habitan alrededor de Hermannsburg, entre las cuales desde 1879 á 1882 nacieron cuatro hembras por cada varón?

Si vamos á investigar las causas de este retroceso, no podremos decir que en los territorios meridionales sea una de ellas la guerra, pues aquellos indígenas hace mucho tiempo que viven en paz. Aun cuando las tribus que actualmente habitan la Australia meridional merezcan desde muy antiguo la fama de extraordinariamente pacíficas, hasta el punto de estar fácilmente en buenas relaciones con el gobierno, habfan de tal manera disminuído desde la institución del primer gobernador (1836) hasta 1878, que en los últimos años era difícil reunir una colección de sus armas, etc. Desde que el gobierno de la metrópoli notó que los indígenas iban pereciendo miserablemente y comprendió la culpa que en ello le correspondía, hizo algo para contener esa decadencia. Desde 1821 hasta 1842 sólo en Nueva Gales del Sud se gastaron 80,000 libras esterlinas

para proteger y reanimar á los indígenas, y casi todos los ministros ingleses de las Colonias consideraron como una de sus principales tareas exhortar á los gobiernos coloniales de Australia á que cuidaran de sus indígenas. Pero estos cuidados llegaron demasiado tarde como no podía menos de suceder dado el sistema dominante de una colonización no fiscalizada y de las confiscaciones sin indemnización de los terrenos de valía. Cierto que se fundan escuelas para los indígenas en Adelaida y en otros puntos y que el gobierno las apoya pródigamente, pero hace algunas décadas que todas estas escuelas están de más, pues la tribu de

Adelaida lo propio que sus compañeras, se han extinguido. La policía fronteriza montada ha venido á ser, y esto es digno de notarse, el órgano del gobierno respecto de los negros, habiendo llegado á ser muy pequeño el trabajo de los *Protectors of the Aborigines*. La descorazonadora memoria anual del *Sub-Protector of the Aborigines* de la Australia meridional correspondiente á 1875 hace notar que siempre se registran entre los indígenas un número exiguo de nacimientos y un número excesivo de defunciones. En 1875 ocurrieron, en lo que pudo ser comprobado, entre la población indígena del Sud de Australia, 52 de los primeros



Un collar de los australianos, hecho con dientes de kanguro. (Museo para Etnografía, Berlín) $\frac{1}{6}$ de su verdadero tamaño

y 140 de las segundas, la mitad de éstas debida á la tisis pulmonar: son peligrosas también entre ellos el sarampión escarlatinoso y las viruelas; en cambio son raras las enfermedades de fiebres. Dadas las cifras de mortalidad que la anterior estadística consigna, se explica perfectamente que la tribu sudaustraliana de los narrinyeris que en 1842 contaba todavía 3,000 almas, quedase reducida en 1875 á 511.

CAPÍTULO III

TRAJE, ARMAS Y OTRAS PERTENENCIAS DE LOS AUSTRALIANOS.

«El hecho de que la Australia ofrezca pocos atractivos á los pueblos extranjeros es seguramente una de las causas fundamentales del atraso etnográfico de los pueblos de esta parte de la tierra.»

Traje. — Adornos. — Pinturas. — Tatuaje. — Armas. — Madera arrojada y *bumerang*. — Chozas. — Aldeas. — Canoas. — Pesca. — Caza. — Preparación de manjares. — Alimentos. — Antropofagia. — Escasez de agua. — Huellas de la agricultura. — Utensilios é industrias. — Comercio.

Muy poco puede decirse respecto del traje de los australianos, pero esto poco y aun lo negativo es interesante, pues ello mejor que otra cosa indica la insignificancia de la actividad de estos pueblos aun tratándose de su propio mejoramiento. Australia, en sus comarcas centrales y meridionales, posee un clima sumamente rudo y sujeto á variaciones. Desde el momento en que las memorias nos hablan de australianos que van completamente desnudos ó á lo más llevan tapado el vientre, no sólo en el Norte tropical sino también en el Oeste y en el Sud, se demuestra que el atraso en que viven estos pueblos no permite cambio alguno ni siquiera en lo tocante á las más apremiantes necesidades. Y no es menos característico el hecho de que ni aun los más pobres y miserables se olvidan de pintarse el cuerpo, á menudo con verdadero lujo, de suerte que tan general como la insuficiencia del vestido necesario es la propagación de los adornos superfluos; por esta causa pudo decir Martin con razón: «Sus prendas tienen más de adorno que de vestido.» Nada más característico para conocer la ligereza, la imprevisión, la vida al día de los hombres naturales que esta

desproporción entre el adorno y el vestido, entre el lujo y la necesidad (véase la pág. 38).

La prenda de vestir más común entre los hombres australianos es un cinturón hecho con un tejido de hierba, ó de corteza, ó de cabello humano ó pelo de animales, que en la Australia occidental tiene á menudo algunos metros de largo, y que en vez de cubrir las partes pudendas se lleva arrollado sobre el ombligo (véase el grabado de la página 398). En muchos casos aparece simplemente como adorno y sólo en el Norte, en donde ese cinturón es de piel de opossum, llevan los hombres en él el *bumerang*, la destal y otros objetos. En el Sudeste de Australia, llevan los hombres al rededor del cuerpo un cinturón hecho con sus propios cabellos y adornado algunas veces con plumas de emu y suelen apretárselo tanto que el vientre forma sobre él una enorme prominencia. En estos territorios el tal cinturón era verdaderamente un cinturón de hambre, y aun en otros muchos casos podían ser estas sus funciones propias por más que sirviera también de adorno.

Además de esta prenda, está también muy extendido el uso de la capa de piel de opossum ó de perro, aunque no tanto como el de las pieles de vaca ó de antílope entre los sudafricanos. Esta capa rara vez la vemos usada en el Norte; más frecuente es su uso al Sud del río Arrowsmith, pero no podemos decir que sea general en las abruptas costas occidentales y meridionales. En algunas comarcas, las pieles á este objeto destinadas son preparadas con notable cuidado: en la Australia occidental, por ejemplo, se escogen las pieles de los kanguros hembras por ser éstas de más fácil manipulación que las de los machos. Parece haber sido reconocida generalmente como necesidad la capa de piel de kanguro en forma de saco, en el que las mujeres ocultan sus hijos mamones, y que se ata alrededor del cuello ó se lleva atado en la frente. He aquí todos los objetos de uso en cierto modo extendido, que pueden venir comprendidos en la idea de vestido. En cuanto á sandalias y á gorros no los poseían los australianos antes de la llegada de los europeos.

El adorno que puede calificarse de general es, según llevamos dicho, la pintura, en la que vemos empleados con preferencia los colores rojo, blanco y negro, es decir los mismos que con mayor frecuencia encontramos en los escudos y en otros objetos. Respecto de este adorno obsérvanse algunas diferencias según la edad y según los sexos, pero no hay, á lo que parece, entre todas ellas una verdaderamente